



David Fernández se rehabilitó hace cuatro años y ha plasmado en un libro su experiencia como adicto al juego. **RAMÓN LEIRO**

DAVID FERNÁNDEZ LUDÓPATA REHABILITADO

«Empecé con la vuelta de un café y ya no dejé de jugar en tres años»

Se gastó 100.000 euros en tragaperras y llegó a deberle 35.000 al banco

SUSANA BASTERRECHEA
REDACCIÓN / LA VOZ

La tenía ahí. Pagó su café con leche al camarero y con la vuelta decidió probar suerte en aquella máquina. «Me tocaron 120 euros. Así fue mi primera vez», cuenta David Fernández, un comercial vigués de 26 años. «Al día siguiente volví a probar y me tocó algo otra vez. Yo ganaba 900 euros trabajando en la empresa de mi familia y con las máquinas, en dos días, había logrado un tercio del sueldo», prosigue. ¿Tuvo suerte? Él no lo cree así: «Empecé con la vuelta de un café y ya no dejé de jugar durante tres años». Ahora lleva cuatro sin tocar una tragaperras.

Al principio, David lo tenía «todo controlado», pero pronto el juego lo tenía controlado a él. Se gastaba todo lo que ganaba: «Una vez, por variar, llegué a jugar 1.000 euros en una noche en Internet, y no me gasté más porque no tenía más dinero». Y, en su huida hacia adelante, empezó a mentir: «Sobre todo a mi madre. Al principio hasta te crees tus propias mentiras, es increíble». En una ocasión, cuenta, casi despidieron a unos empleados de la empresa de su padre por su culpa. «Necesitaba dinero a toda costa y el suel-

do no me llegaba, así que vendí maquinaria que había en la empresa y que costaba mil y pico de euros por cincuenta. Acusaron del robo a otros trabajadores y yo no decía nada», afirma.

Cuando su padre enfermó de cáncer, él escapó del dolor jugando aún más. Cuando su padre murió, volvió a refugiarse en el juego. «El día del entierro de mi padre me fui a jugar a las tragaperras», recuerda. Dos meses después, huyó a Madrid. «Lo que le hice a mi madre fue tremendo. Le muere su marido y luego desaparezo yo», añade.

Durmiendo en un coche

En Madrid vivía en un coche y cambiaba de trabajo cada 15 días. «Pedía un adelanto y me lo daban. Al segundo que pedía ya me echaban, claro. Me daban la liquidación y me la gastaba toda en las tragaperras», explica. Hasta que conoció a una chica que lo convenció para volver a Vigo y rehabilitarse. Así entró

«El día del entierro de mi padre me fui a jugar a las tragaperras»

por primera vez en la Asociación Gallega de Jugadores de Azar (Agaja). No funcionó: «Intenté dejarlo más por mi novia y mi familia que por mí. En el fondo yo no quería dejar de jugar». Y David volvió a las andadas. Pidió ayuda una segunda vez, pero tampoco era la definitiva. «Yo les decía que no tenía ningún problema, que eran ellos

«No tenía salida, no tenía futuro. O hacía algo por mí o acababa tirado en una cuneta»

lo que estaban locos», recuerda. Regresó a Madrid y allí, tras un intento de suicidio, tocó fondo. «Fue al verme tirado, en un coche sin seguro, con una deuda con el banco de 35.000 euros. No tenía salida, no tenía futuro. O hacía algo por mí o acababa en una cuneta», asegura.

Puso rumbo a Galicia y acudió de nuevo a Agaja. A la tercera fue la vencida. Empezó el tratamiento en el verano del 2006. «Me daban solo cinco euros al día y tenía que justificar hasta el último céntimo. Eso te hace pensar si lo quieres dejar o no. Luego

buscas por qué jugabas», afirma. «En mi caso fue un cúmulo de cosas. Una relación problemática cuando era muy jovencito, la muerte de mi padre... Me dio por el juego, pero pudieron ser el alcohol o las drogas», admite. En noviembre del 2007 lo declararon oficialmente rehabilitado. «Desde entonces no he vuelto a jugar. Eso sí, en los años que jugué pude gastarme 100.000 euros tranquilamente. Me lo jugué todo», apunta.

Nueva vida

Ahora, David, que ha llevado su experiencia a un libro, *Diario de un ludópata* (va por la segunda edición), tiene su trabajo de comercial de una empresa de congelados, una nueva novia con la que intenta abrir su propio negocio y un piso de 110.000 euros «para el que pedí una hipoteca de 150.000. Así pude devolver el dinero que debía al banco». «Pero no me puedo quejar», añade.

En cuanto a las tragaperras, el vigués lo tiene claro: «Tengo que aprender a convivir con ellas, porque están ahí y yo sé que no puedo ni echar veinte céntimos. El juego en sí no es malo, pero si las máquinas estuvieran solo en salones de juego, parte de la gente no se engancharía. Seguro».

GERARDO EX ADICTO

«Mis amigos me llamaban, el móvil sonaba y yo seguía echando monedas»

La historia de Gerardo también comenzó en un bar. También con el cambio, aunque en este caso no de un café, sino de un refresco. «Empecé con las típicas 25 pesetas de aquella. Hasta que un día dio la casualidad de que me tocó el especial. Y pensé [hace el gesto de frotarse las manos]: "Esto es un chollo"». Claro que luego, añade este ex ludópata coruñés de 42 años, ya no eran solo 25, «eran 100, 500, 5.000 y 10.000 pesetas». De ahí a gastarse todo el crédito de la tarjeta y pedir un préstamo tras otro al banco solo hubo un paso.

Gerardo empezó también a frecuentar el bingo, pero no acabó de convencerlo. «A los diez minutos de empezar a jugar me iba. Era muy lento para mí, no me daba satisfacción», cuenta. Así que siempre acababa volviendo a las tragaperras. «Era lo mío», comenta. Y la espiral de mentiras se iba haciendo cada vez más grande. «Intentaba llegar a última hora de la noche y me iba a primera de la mañana para no ver a mi familia. O provocaba riñas como excusa para irme de casa», explica Gerardo. A sus amigos, ya ni los veía: «Ellos me llamaban, el móvil sonaba y yo seguía echando monedas en la máquina». El trabajo también lo perdió. «Y es curioso, pero estoy agradecido. Fue una de las cosas que logró que todo hiciera crac», admite.

Llamada del banco

Hubo una segunda cosa que contribuyó a que todo se desmoronase. El banco, al que debía más de 30.000 euros, hizo una llamada a su casa y el teléfono no lo descolgó él. «Así se enteró mi familia. Primero me llevaron a la asociación de alcohólicos anónimos, donde tratan ludopatías, pero no funcionó. Salí de allí y seguí jugando. Solo había ido para calmar a mis padres», recuerda. En Agaja, en cambio, se le cayó la venda: «Fui igual para contentar a mi familia, pero la charla informativa la daba una persona con los mismos problemas que yo, y lo había sufrido como yo, y lo había superado. Ahí decidí dejarlo». Gerardo lleva cinco años lejos de las tragaperras. «Tardé un año en recolocar mi cabeza y ver que mi problema era que no me aceptaba. Ahora soy yo», dice. El préstamo del banco aún lo está devolviendo: «Vivo el presente, y llega bien».